

El espejo francés

Manifestaciones del conservadurismo uruguayo ante el régimen de Vichy

Mauricio Bruno¹ y Nicolás Duffau²

Resumen

Este trabajo examina la recepción entre distintos actores de la sociedad uruguaya de las ideas imperantes en el gobierno francés instaurado en Vichy en junio de 1940 como resultado del armisticio celebrado entre los gobiernos francés y alemán tras los enfrentamientos que ambas naciones sostuvieron durante la Segunda Guerra Mundial. El régimen de Vichy servirá como referencia para analizar la recepción de sus ideas en territorio uruguayo, sobre todo entre los grupos conservadores que vieron con buenos ojos la propuesta de restaurar públicamente los “valores tradicionales franceses” —desde una perspectiva católica y nacionalista— enterrados por la obra del materialismo y el liberalismo. Para varios medios de prensa y actores políticos uruguayos, la situación de Francia fue un “espejo” ya que, desde su óptica, muchos de los “vicios” de la sociedad francesa, que el gobierno de Vichy buscaba eliminar, estaban también presentes en la sociedad uruguaya.

Palabras clave: conservadurismo, liberalismo, catolicismo, nacionalismo

Abstract

This paper examines the reception that the ideas of the Vichy regime, which resulted from the armistice between France and Germany during World War Two, had among different political actors of Uruguayan society. Conservative actors in Uruguay welcomed the restoration of “traditional French values” proposed by Vichy, emphasizing catholicism and nationalism over “modern” ideological trends like materialism and liberalism. From their perspective, the situation in France became a “mirror” for contemporary events in Uruguay because they contented that the social “vices” that the Vichy government intended to eradicate were also affecting their own country.

Key words: conservatism, liberalism, catholicism, nationalism

1 Docente e investigador del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

2 Docente e investigador del Departamento de Historia Universal de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Introducción³

El estudio de la producción, lectura, traducción, interpretación y apropiación de un determinado cuerpo de ideas es uno de los tópicos ineludibles en la producción historiográfica actual sobre la circulación de ideas. El concepto de recepción da cuenta de un proceso de producción/difusión intelectual en el que es necesario discriminar a productores, difusores, receptores y consumidores de las ideas (aunque estos roles pueden ser asumidos en forma simultánea por un mismo sujeto). Tal como ha planteado Horacio Tarcus la recepción “es un proceso activo por el cual determinados grupos sociales se sienten interpelados por una teoría producida en otro campo de producción” e intentan “adaptarla a su propio campo.”⁴ Este “consumo de un cuerpo de ideas” por parte de un supuesto lector, que puede respetar el contenido de esas ideas o interpretarlas-modificarlas, es lo que garantiza su difusión y lo puede convertir en un nuevo productor de contenidos.⁵ En este caso nos detendremos en los dos últimos momentos de esta secuencia (que nunca es lineal) a través de los receptores y difusores locales de las ideas imperantes en el gobierno francés instaurado en Vichy en junio de 1940.

Conocida como el “régimen de Vichy”, esta administración fue el resultado del armisticio celebrado entre los gobiernos francés y alemán tras los enfrentamientos que ambas naciones sostuvieron apenas iniciada la Segunda Guerra Mundial. Como resultado del acuerdo —realizado en el marco de una notoria derrota militar francesa—, una parte del territorio del país galo —zonas centro, norte y oeste, con París como capital— permaneció ocupada militarmente por los alemanes, mientras que en la región sureste se instaló un gobierno conducido por franceses —aunque muy sujetos a la presión alemana— al mando del Mariscal Philippe Pétain, cuyo centro estuvo instalado en la ciudad balnearia de Vichy.

Tomando como referencia ese acontecimiento histórico estudiaremos, a través del análisis de algunos medios de prensa y de la obra de pensadores del período, la recepción de las ideas del gobierno de Vichy en territorio uruguayo, sobre todo entre quienes vieron con buenos ojos este movimiento, que se propuso públicamente restaurar los “valores tradicionales franceses” —desde una postura nacionalista y católica—, enterrados por la obra de más de un siglo de “predominio liberal”.⁶ Para varios medios de prensa y actores políticos uruguayos de la época, la situación de

3 El artículo resume los puntos más sobresalientes de una investigación más extensa, por lo cual es importante señalar que algunos de los actores estudiados en nuestro trabajo original quedarán por fuera del análisis o no recibirán la misma consideración. El herrerismo es un ejemplo ya que, tomando en cuenta su situación durante la Segunda Guerra Mundial, consideramos que deberíamos elaborar un artículo específico sobre la cuestión. De todos modos prestaremos atención a algunas de las posturas asumidas por el herrerismo en su lectura de la situación francesa.

4 Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 31.

5 Si bien es claro que la forma de priorizar y distribuir la información cablegráfica trae implícita una toma de posición, no utilizamos cables de agencias telegráficas, ya que optamos por centrarnos en los contenidos producidos en el Uruguay.

6 Sin dejar de reconocer que se trató de un espectro político y social heterogéneo, y sabiendo que sería necesario estudiar en detalle cada caso, decidimos englobar a todos estos sectores como “conservadores”. Por extensión, y siguiendo a José Pedro Barrán, utilizamos el término para definir aquellas formas de pensamiento tendientes a mantener el orden establecido, la oposición a las revoluciones sociales, la valoración de la tradición, la exaltación del principio de autoridad, la oposición al igualitarismo y la jerarquía de la Iglesia Católica. En el caso uruguayo, también se puede identificar el rechazo a la reforma social, económica y moral del batllismo y su idea cosmopolita de la nacionalidad. Barrán señala que las posiciones conservadoras lograron cierta cohesión durante la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez y anudaron sus vínculos,

Francia fue un “espejo” en el cual mirarse ya que, desde su óptica, muchos de los “vicios” de la sociedad francesa de la preguerra, que el gobierno de Vichy buscaba eliminar, se encontraban también presentes en la “afrancesada” sociedad uruguaya.

El espacio político que expresó simpatías por el régimen de Vichy conformó un amplio abanico dentro del cual se encontraron tanto sectores que, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, apostaron a la posición de neutralidad irrestricta, como otros que fueron admiradores del régimen nazi (en ocasiones también partidarios de la neutralidad), e incluso algunos que adoptaron posturas claramente pro-aliadas. En este sentido, nos adentramos en el estudio de una posición que, desde el punto de vista de la memoria histórica, suele quedar oculta bajo el fuerte peso simbólico de la dicotomía “aliados” versus “nazi-fascistas”. El análisis de las posiciones concretas adoptadas en esa coyuntura da cuenta de que, por lo menos para algunos períodos de la guerra, las fronteras entre los bandos no estuvieron claramente definidas.

El estallido de la guerra y las prevenciones locales ante el nacionalsocialismo

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en setiembre de 1939, además de conmocionar a la opinión pública uruguaya, puso en debate los problemas de la seguridad nacional y de la defensa hemisférica. Al comienzo de la guerra la política exterior siguió los lineamientos trazados en las conferencias panamericanas de 1939 y 1940, esto es, el mantenimiento de la posición de neutralidad, adoptada por el decreto del 5 de setiembre de 1939. No obstante, el desenlace de los acontecimientos conllevaría un cierto acercamiento del Uruguay hacia las posiciones pro-aliadas, en lo que el historiador Juan Oddone denominó “una neutralidad comprometida”.⁷

Durante la presidencia de Alfredo Baldomir (1938-1942), el canciller Alberto Guani se constituyó en una figura política de relevancia y logró conciliar una posición oficial de neutralidad con actitudes que expresaron la simpatía del gobierno uruguayo por el bando aliado (en principio Gran Bretaña y Francia), así como su apoyo a la política de defensa hemisférica impulsada por los Estados Unidos. Sin embargo, y pese al acercamiento hacia el bando aliado, pervivía a fines de la década de 1930 y comienzos de 1940 el peso de distintas posiciones antiliberales cercanas al conservadurismo y, en muchos casos, al fascismo y al nacionalismo español. Aunque esta temática ha sido escasamente atendida por la historiografía uruguaya, la compulsa de algunas investigaciones nos permite señalar que las organizaciones que respondían a esas corrientes tuvieron una activa militancia en el período, que se expresó a través de su influencia en varios medios de expresión

lo que provocó que el herrerismo, el catolicismo y la fracción riverista del Partido Colorado, todos opositores al batllismo en las elecciones del 30 de julio de 1916 (primeras con sufragio universal masculino), unieran sus principales ideas en materia social y económica. Por su parte, lo que Barrán llama “las clases conservadoras” desde el punto de vista social, sin representación política directa, apoyaron las posturas opositoras al batllismo. José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos, 1870-1933* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2004). Esta alianza, no siempre política, pero sí importante en el terreno de los valores y las ideas, sobrevivió durante las décadas de 1920 y 1930, e incluso, si seguimos a Gerardo Caetano y Raúl Jacob, el golpe de Estado de Gabriel Terra tuvo en los representantes del pensamiento conservador parte de su base política. Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo: El golpe de Estado* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991), 140-1.

7 Juan Oddone, *Uruguay entre la depresión y la guerra, 1929-1945* (Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1990), 202.

escrita y en la realización de algunas manifestaciones públicas.⁸ La mayoría retomó, o continuó, con lo que José Pedro Barrán identificó como algunos valores típicos del pensamiento conservador uruguayo: anticomunismo, xenofobia, exaltación del esfuerzo personal, conciencia de los deberes antes que de los derechos y del sacrificio como virtud pública y privada.⁹

La influencia de estas organizaciones sobre la opinión pública se vio deteriorada conforme se fue desarrollando la Segunda Guerra Mundial, dado el posicionamiento proaliado del gobierno, que fue acompañado en gran medida por la ciudadanía. La presidencia de Alfredo Baldomir, iniciada en 1938, el quiebre de la alianza entre los colorados “marzistas” –tal como se llamaba a los partidarios de la dictadura terrista– con el herrerismo, las inclinaciones proaliadas del Uruguay y las disposiciones legislativas antinazis impusieron en el país un clima poco favorable a las posiciones ideológicas o políticas vinculadas al nazifascismo.

Los distintos mecanismos legales y sobre todo las sanciones que se impusieron a las formas de organización consideradas antidemocráticas, provocaron la pérdida del peso político que había disfrutado en la década de 1930.¹⁰ El 13 de mayo de ese año se había creado, a raíz de denuncias presentadas por el senador socialista José Pedro Cardoso, la Comisión Investigadora de Actividades Antinacionales que indagó la actuación del Partido Nacional Socialista en Uruguay. Como señala atentamente María Camou, la investigación –al menos la que se conoció públicamente– se limitó a las supuestas actividades de conspiración encabezadas por alemanes en Uruguay, pero no indagó en posibles (y probables) conexiones entre los conspiradores y políticos o militares uruguayos.¹¹

La creación de la comisión parlamentaria que investigó las actividades antinacionales provocó que el ámbito de influencia y acción de las organizaciones con simpatías nazifascistas se redujera considerablemente. Su posibilidad de actuar públicamente fue herida de muerte en el año 1941 con el desafuero del diputado colorado Alejandro Kayel –acusado de nazifascista– y la clausura del periódico *Libertad*. Esta decisión se debió a los incidentes que se sucedieron en la ciudad de Durazno el 29 de junio de 1941, en un acto a beneficio de la Cruz Roja italiana, que culminó con el saldo de un manifestante muerto a raíz de los enfrentamientos entre simpatizantes del nazismo y sus opositores.¹²

La guerra, como vemos, había llegado al Uruguay. Más que en el terreno militar, la misma se jugaba principalmente en el campo político-ideológico. Las tendencias políticas internacionales se reproducían –con sus especificidades– a nivel local. Y más allá de “totalitarios” y “demócratas” (tal como rotulaba la propaganda oficial según se fuese simpatizante del Eje o de los Aliados), el

8 Para conocer más en profundidad el funcionamiento de estas organizaciones, así como las inclinaciones ideológicas de sus componentes se pueden ver los trabajos de Clara Aldrighi, Alfredo Alpini, María Camou, todos citados a lo largo del artículo.

9 J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 142-3.

10 La ley número 9936, aprobada por la Asamblea General el 18 de junio de 1940, estableció la definición de “asociaciones ilícitas” y brindó un marco legal para su disolución. Véase: *Registro Nacional de Leyes, Decretos y otros documentos de la República Oriental del Uruguay* (Montevideo: Imprenta Nacional, 1941), 365-6.

11 María Camou, “Los años del ‘vuelco’: Las relaciones políticas, económicas y comerciales entre Alemania y Uruguay y los sectores de influencia nacional socialista en el Uruguay, 1938-1942”, *Cuadernos del CLAEH* 52 (1989), 29.

12 La documentación sobre estos incidentes, se puede consultar en el Archivo Histórico Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay (en adelante AMREU), Fondo MRREE, serie 1.64 Uruguay, caja 19, carpetas 9 y 10.

curso de la guerra vendría a demostrar que no todo era tan sencillo en cuanto a posicionamientos, y que podían existir quienes, bregando por la victoria aliada, podían declarar al mismo tiempo no ser “antifascistas obnubilados”.¹³

Francia advierte

En mayo de 1940, el ejército alemán (que ya había conquistado parte de Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Dinamarca y atacado Bélgica, Holanda y Luxemburgo) atravesó las Ardenas e inició la avanzada sobre Francia. La derrota francesa fue total y en menos de un mes la bandera con la cruz gamada flameó sobre la Torre Eiffel. El 22 de junio, el Mariscal Philippe Pétain, héroe de la Primera Guerra Mundial y responsable de la defensa francesa ante la invasión nazi, firmó un armisticio con las autoridades alemanas que puso fin a las hostilidades. El 1º de julio la ciudad de Vichy, famoso balneario que, con su gran cantidad de hoteles, ofrecía la mejor solución práctica al problema de conseguir locación física para las oficinas gubernamentales (París estaba ocupada militarmente por los alemanes) fue adoptada como sede del gobierno.

El 19 de junio, las cámaras legislativas francesas aprobaron una propuesta para que se concediesen a Pétain plenos poderes para redactar una nueva Constitución. A partir de entonces el Mariscal comenzó a gobernar a través de Leyes Constitucionales. La primera, del 11 de julio, lo declaró “Jefe del Estado francés”. La segunda, del mismo día, le atribuyó las competencias del Poder Legislativo hasta la formación de nuevas asambleas. Por medio de una tercera ley constitucional, el Senado y la Cámara de Diputados aplazaron sus sesiones hasta nuevo aviso.

Rápidamente Pétain anunció las medidas de fondo que debían tomarse para encarar la obra de reconstrucción de Francia. El 11 de julio de 1940 el nuevo régimen dio cuenta del grado de ruptura que pretendía respecto al pasado al anunciar que tanto el capitalismo como el socialismo quedarían desterrados.¹⁴ Una serie de comunicaciones públicas posteriores fueron sentando las bases de la doctrina que bajo el nombre de “Revolución Nacional”, partía de una completa negación de los postulados republicanos que, según su interpretación, habían llevado a la nación francesa a una situación de crisis moral que había desembocado en la humillante derrota militar. En contrapartida, levantaba los valores del nacionalismo, la autoridad fuerte e incontestada, la jerarquía social y la preocupación del Estado por la suerte de los sectores menos favorecidos económicamente, en un tono cristiano que se vinculaba más con la tradicional derecha católica que con las experiencias del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, aunque admitiera “abreviar” en ellas.¹⁵

En sucesivos discursos Pétain defendió la jerarquía social, el gobierno de las elites, así como una obra consciente en pos de la eliminación de la lucha de clases, tarea en la cual quedaba reservado un papel importante para el “gremialismo” controlado por el Estado.¹⁶ Otra de las cuestiones que encaró directamente fue la necesidad de refundar el sistema educativo, erradicando un tipo de educación “libresca” y “teórica” e implantando una escuela que atendiera la formación en cues-

13 *La Idea nueva*, 11 de junio de 1940, 1

14 Philippe Pétain, “Llamado del 11 de julio de 1940”, en *Habla el Mariscal: Mensajes y escritos, 1934-1941* (Buenos Aires, Taladriz, 1942), 55.

15 Una síntesis de los principales postulados de la Revolución Nacional en Julian Jackson, *The dark years, 1940-1944* (Oxford: Oxford University Press, 2003), 149-167.

16 P. Pétain, *Habla el Mariscal*, “Mensaje del 11 de octubre de 1940”, 71-3.

tiones prácticas, así como inculcara los “verdaderos valores”. Solo la educación eliminaría “la falsa idea de la igualdad natural de los hombres” por “la idea necesaria de la igualdad de las posibilidades dadas a todos los franceses para probar su aptitud para servir”.¹⁷ Paralelamente, tomó una serie de decisiones que iban en la línea de una profundización de los contenidos de la “Revolución Nacional”. Quedó prohibida la actividad de los grupos políticos, se suspendieron los sueldos parlamentarios, se excluyó a los jefes masones de los empleos en el gobierno, se reforzó la policía y se ajustaron los controles económicos. Finalmente, Pétain anunció que juzgaría personalmente a los “responsables de nuestro desastre”, es decir a los principales dirigentes políticos de la preguerra.

Para una mejor comprensión de la recepción que los sectores conservadores nacionales realizaron de estas ideas, es pertinente realizar algunos señalamientos acerca del pensamiento conservador uruguayo y del estado de las relaciones culturales existentes entre nuestro país y Francia.

El politólogo francés Denis Roland, quien se ha especializado en las relaciones internacionales entre Europa y América Latina, sostiene que la valoración positiva que se tenía en este continente de la cultura francesa se encontraba, a comienzos de la década de 1940, en pleno proceso de decadencia. Según su interpretación, el desafecto que una parte importante de la ciudadanía latinoamericana sintió hacia Francia, se debió a la afirmación paralela de un corpus ideológico panamericanista, así como a la actividad diplomática, las misiones militares y la propaganda alemana antifrancesa producida durante y después de la Primera Guerra Mundial.¹⁸ Complementando esta visión Carmen de Sierra sostiene que el alejamiento de la producción intelectual uruguaya de la cultura francesa en las décadas de 1930 y 1940 se debió a un proceso local de la cultura nacional, provocado por el carácter “crítico, objetivista, desacralizador de los grandes mitos e idealizaciones de países, naciones o continentes, ‘modelos’ a imitar, adaptar y copiar”.¹⁹ Esta postura constituiría una diferencia de importancia en el plano epistemológico y metodológico en relación con las generaciones de intelectuales del Uruguay de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, que no evitaron la fascinación y deslumbramiento ante los adelantos y virtudes de los países cabezas del desarrollo económico o político moderno: Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos.

Asimismo, debe recordarse el peso que había adquirido en Uruguay, durante el régimen terrista, un conglomerado político conservador esencialmente antibatllista, de larga actuación en el país. Entre los propósitos de los grupos que acompañaron a dicho régimen se encontraba el intento de borrar las formas de nacionalismo cosmopolita de las primeras décadas del siglo XX que se basaban en el respeto de valores y figuras tanto nacionales como internacionales. Los grupos “marzistas” consideraban esta idea como disolvente de la nacionalidad por lo que intentaron imponer un nuevo nacionalismo, que exaltó los símbolos y las efemérides del país. En esa cruzada contra las ideas “extraviadas” se combatieron varios de los postulados cercanos a Francia, como ser las tres ideas fundamentales de la Revolución de 1789: Libertad, Igualdad, Fraternidad.²⁰

17 P. Pétain, *Habla el Mariscal*, “La educación nacional”, *Revue des Deux Mondes*, 187.

18 Denis Rolland, “Conflicto y crisis de representaciones: ¿la Segunda Guerra Mundial: ordalías del modelo francés en América Latina?”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* VI (1995).

19 Carmen De Sierra, “Marcha en el contexto político-económico internacional del siglo XX”, en Mabel Moraña y Horacio Machín, *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003), 65.

20 Alfredo Alpini, “Uruguay en la era del fascismo” en *Relaciones* 184.

Este contexto, al interior del cual debe analizarse la interpretación que los sectores conservadores dieron a la derrota militar francesa, aporta algunas pistas sobre los motivos por los que la crítica al modelo político liberal de origen francés logró una extensión considerable en la opinión pública. Las palabras de los sectores conservadores sobre esta cuestión incluyó también una toma de posición respecto a la política local: una condena a un Uruguay que en 1940 (no obstante los contrapesos que comenzaba a imponer la política panamericanista y los que había implicado la experiencia política dictatorial de la década de 1930), permanecía identificado con los valores liberales derivados de la Revolución Francesa, merced a la larga influencia batllista producida fundamentalmente durante las tres primeras décadas del siglo XX.²¹

Las ideas del régimen de Vichy tuvieron eco entre algunos sectores que vieron en Pétain la encarnación de un proyecto político capaz de revertir el proceso de pérdida de ascendencia del catolicismo tradicional sobre las sociedades occidentales debido al avance del liberalismo materialista. En este sentido, el caso de Francia venía a sumarse a la reciente crisis vivida por el pueblo español, que había estado a punto de caer en las garras del “comunismo internacionalista”. La afinidad ideológica que existía entre los círculos aliadófilos del Uruguay con las experiencias políticas de España y Francia inmediatamente anteriores a los regímenes de Francisco Franco y Philippe Pétain respectivamente, obligaba a la derecha uruguaya a prestarle especial atención a dichos procesos, sobre todo en un contexto en el cual el curso de la guerra era todavía incierto, y por lo tanto no era descabellado pensar en el escenario de un Uruguay entrando en crisis, como le había sucedido a Francia, por no estar preparado para afrontar los acontecimientos.

En la derecha uruguaya, sobre todo la vinculada orgánica o ideológicamente a las jerarquías eclesíásticas, existía una comunidad espiritual aglutinada por tradiciones y valores comunes, que abarcaba a los territorios influenciados directamente por la religión católica y, aunque en un plano más alejado, por el cristianismo en general. Dentro de esta “comunidad imaginada”, Francia (aunque no tanto como España) ocupaba una posición importante. Las posturas de los sectores conservadores, con todo, presentaron algunas variaciones según sus diferentes sesgos ideológicos.

La experiencia del gobierno del Frente Popular, fue la primera referencia del pensamiento conservador uruguayo a la hora de interpretar la derrota francesa. *Atención*, decidido defensor de régimen nazi, puso el énfasis en la “ineptitud” política de los dirigentes franceses, sobre todo los del Frente Popular, en algunos casos conjugada con su procedencia judía. Así, sostuvo que “los verdaderos causantes de la perdición de Francia” eran “Blum, Mardel [sic, Mandel], Zay, Rothschild y todos los otros judíos financistas y políticos del frente popular”.²² Posteriormente, insistió con la “corrupción” imperante en la Francia gobernada por la mencionada coalición izquierdista y con sus claras diferencias con “la nueva Francia”, “gestada en el fragor de la batalla y surgida de entre las ruinas de la derrota”, la cual tenía como mandato imperativo “arrojar de su seno a los judíos que tan liberalmente acogió en el [17]89”. El nuevo gobierno francés tendría que combatir a los judíos que “merced al liberalismo pudieron dominar al mundo” y ahora “deben ser desenmascarados por el mismo país que fue causa de ese liberalismo”.²³

21 La identificación del batllismo con el jacobinismo era un elemento frecuente en la interpretación de los sectores conservadores uruguayos. Al respecto véase Álvaro Rico, “A doscientos años de la Revolución Francesa: Tercer Batllismo y Jacobinismo”, en *Anales de la Junta Regional de Historia y Estudios Conexos* 1 (1989).

22 *Atención*, junio de 1940, 1.

23 *Atención*, julio de 1940, 1.

Entre los medios católicos, la reacción inmediata ante la noticia de la caída de Francia fue de decepción. Aunque se atenuó el costado antisemita de la crítica, también se arremetió contra León Blum y los principales dirigentes del Frente Popular. *El Bien Público* consideró a los dirigentes del Frente Popular francés como los responsables de la derrota, en la medida en que habían propiciado la decadencia moral que antecedió al conflicto bélico, y expresó su algarabía por la persecución que las fuerzas totalitarias realizaban sobre Blum.²⁴ Por su parte, otro diario católico, *Los Principios* del departamento de San José, la emprendió contra Blum citando palabras del reconocido pronazi uruguayo Adolfo Agorio, demostrando con ello cómo la derecha católica uruguaya podía conjugar una posición antinazi en lo referente al conflicto bélico internacional con una coincidencia de conceptos a la hora de juzgar la situación social francesa previa a la guerra (así como también, vale decirlo, la situación uruguaya contemporánea): “Nunca he cesado de admirar y amar a esta gran nación, crucificada por demagogos desenfrenados que, con Blum a la cabeza, defendían el incesto para desorganizar a la familia, perseguían a la religión, desarticulaban la economía reduciendo las horas de trabajo y fomentaban a los intrigantes y delatores”. De ese modo, según esta visión, habían expulsado a los más brillantes militares porque querían “arrancar de raíz la traición del parlamento demagógico, donde había, al igual que acá, quienes trabajan únicamente de ‘diputados’, vale decir, hombres sin profesión que abusaban de sus inmunidades para calumniar e incitar al delito”.²⁵

Los comunistas tampoco quedaron exentos de culpas en la interpretación de la derrota francesa. Durante el mes de mayo, mientras el enfrentamiento entre alemanes y franceses todavía continuaba, el órgano católico de Trinidad, *La Idea Nueva*, señaló que el gobierno del Frente Popular francés era “de corte netamente comunista, acariciador de los déspotas de Moscú”. La “muerte” de Francia a manos de las hordas nazis “había sido preparada desde dentro, por quienes, según se ha denunciado, entregaban sin temores secretos militares franceses a otros bárbaros de Moscú que, al fin y a la postre, se dieron el abrazo del pacto Berlín-Moscú”. Y advirtió que “ello debiera servir de ejemplo a quienes aquí, entre nosotros, creen servir a la Democracia mientras caen lamentablemente en la izquierda extrema, despreciando los valores espirituales, despreciando todo lo que signifique Patria, cultura y civilización cristiana”.²⁶ En el fondo, y según *El Bien Público*, el comunismo buscaba “minar” “la contextura de las naciones” por lo cual su existencia “como grupo orgánico debe ser objeto de una profunda revisión y sanción”.²⁷

A través de las páginas de *El Bien Público*, el responsable de la sección Internacional, escudado bajo el seudónimo de Federico, defendió al Mariscal de las acusaciones que recibía desde otras tiendas políticas, y argumentó a favor del nuevo gobierno intentando borrar todo indicio de totalitarismo. Para el articulista la situación en Francia respondía a la existencia de una “autoridad firme, imprescindible en este momento en que la nación no puede perder tiempo en discusiones bizantinas”, situación que distaba del totalitarismo, “porque el totalitarismo es una doctrina y

24 *El Bien Público*, “León Blum en la ratonera”, 23 de junio de 1940, 3.

25 *Los Principios*, 22 de junio de 1940, 1.

26 *La Idea nueva*, 24 de mayo de 1940, 1.

27 *El Bien Público*, 16 de mayo de 1940, 3. En 1941 la Agrupación Patria-Orden-Libertad del Partido Nacional impulsó un proyecto de ley presentado por los representantes Miguel Pringles y Miguel Buranelli para disolver el Partido Comunista y declararlo comprendido dentro de la Ley de Asociaciones Ilícitas (*Patria*, “Un proyecto que debe aprobar el parlamento”, 23 de enero de 1942, 3). La nota, publicada por el semanario de una de las fracciones del herrerismo, exigía a las autoridades nacionales poner en consideración de los ámbitos deliberativos correspondientes la referida propuesta, que finalmente quedó trunca.

una ética que no se transparentan de esta actitud que tiene un sentido simple y puro de defensa nacional”.²⁸ El diario católico llamó a la construcción de un nuevo orden social, que abandonara al gran derrotado de la contienda, “el liberalismo y toda su secuela de errores, mentiras, contradicciones, claudicaciones y apostasías”.²⁹

También *Civismo*, el semanario vocero de la Unión Cívica, defendió la figura de Pétain, no sin cierta ironía hacia quienes consideraban al Mariscal como “fascista” y responsable de la derrota francesa. Por el contrario, para este medio los responsables de la derrota francesa eran los hombres “del Frente Popular ... que dejaron a Francia en la peor de las bancarrotas” y no aquellos que “en el momento del desastre tienen la valentía de hacer frente a la situación”.³⁰ Ahora el país galo contaba con un líder “probo”, “como Pétain que toma la responsabilidad del orden para evitar el caos”, atacado por “una fácil literatura de café [que] pretende someternos a la dictadura mental de hacer pasar por simples traidores, a estas grandes figuras, olvidándose a los demagogos de ayer, a los sectarios, a los arrivistas [sic], a toda la clase política del fanatismo cerril, que incubó el desastre y vivió de la declamación, de los grandes presupuestos nacionales”.³¹

La derrota francesa abrió, al mismo tiempo, un debate político (con visos historiográficos) sobre la Revolución Francesa.³² Este aspecto es interesante además para detenernos en las construcciones (y usos) que sobre el pasado realizaron los sectores conservadores.

La Revolución era interpretada como “el mal” no solo por lo que conllevaba de subversión del orden establecido, sino también porque había permitido la aparición de teorías políticas y de una ingeniería social basada en la razón humana que descuidaba la tradición y promovía un profundo rechazo a la autoridad.³³ *Atención* se refirió en reiteradas ocasiones a la decadencia de la “civilización latina” iniciada con la Revolución Francesa, pero en un ejercicio de casuística encontró raíces más profundas para explicar el fenómeno revolucionario de 1789, que llegaban a “los días del Renacimiento, época en la cual las altas clases sociales iniciaron un movimiento filosófico, social y artístico para reivindicar la estética del paganismo y cuyo resultado fue el humanismo”. Durante el Renacimiento y la Revolución Francesa, la unidad cristiana había sido atacada y “los judíos liberados de las trabas que a sus nocivas actividades había impuesto el medioevo [,] se mezclaron con los cristianos y de inmediato los efectos de tan descabellada imprudencia se hicieron sentir”.³⁴ Los conservadores laicos coincidieron con los católicos en que la “nueva Francia” de Pétain, estaba cumpliendo con el objetivo de expurgar los males a través del corporativismo y de una nueva visión social, la “vuelta al orden teocéntrico de la Edad Media ... como el mecanismo temporal, sujeto a lo espiritual, donde los deberes justifican y orientan los derechos”.³⁵

28 *El Bien Público*, 13 de julio de 1940, 3.

29 *El Bien Público*, 27 de junio de 1940, 3.

30 *Civismo*, 27 de julio de 1940, 8.

31 *Civismo*, “La caída de Francia es una lección para la Democracia”, 7 de setiembre de 1940, 2.

32 La interpretación conservadora sobre los acontecimientos de 1789 sobrevivió en nuestro país desde fines del siglo XIX (J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 79-82).

33 Los detractores uruguayos de la Revolución Francesa se habían formado al calor de las lecturas de intelectuales de derecha de aquél país, como Maurice Barrès, Charles Maurras, Charles Péguy, Louis Veillot y Eduard Drumont, quienes, con distintos niveles de apreciación, eran católicos, promonárquicos, antisemitas y condenaban la nivelación social iniciada por el proceso revolucionario (Ibíd., 56).

34 *Atención*, diciembre de 1940, 3.

35 *El Bien Público*, 14 de julio de 1940, 3.

Los grupos conservadores consideraron a la democracia liberal como hija de este proceso y entendieron que la misma atentaba contra los intereses de la nación porque dividía la sociedad en base a los intereses particulares, los cuales rompían con los valores de la patria. En su interpretación, la democracia liberal moderna exponía a la sociedad a un constante peligro de disolución, debido a la atomización de los individuos y a la creciente indiferencia que vivían ante el interés público y la autoridad. Asimismo rechazaron la concepción liberal de la nación, que entendía a tal entidad como una suma de individuos, y se inclinaron por otra que la interpretaba como un sujeto vivo, con fines completamente distintos a los particulares. Esa unidad “espiritual” y la visión organicista de la nación eran sustentadas por las elites católicas y conservadoras, en especial del Partido Nacional, que trataban de preservar a la “patria” del mal que podían ocasionar los enemigos externos.³⁶ Esta corriente consideraba a la nacionalidad “determinada en primer término por fenómenos inconscientes, involuntarios o biológicos: origen común, raza, lengua, religión, costumbres, tradiciones”³⁷, en el marco de una concepción que proclamaba la “integridad” de la nación, más que como una necesidad, como un destino cuyo incumplimiento encarna un grave peligro.

En un contexto de crisis del liberalismo político, llamaron a dar vuelta la página de la “época de las luces” y elaboraron un discurso que recogió los elementos constitutivos de la modernidad para exaltar todas sus potencialidades destructivas. La caída de Francia en 1940 demostró, según esta corriente de opinión, la incapacidad del liberalismo para gobernar y el inicio de una nueva era vinculada a la conformación de estructuras políticas integrales. La caída de la Tercera República francesa, con la derrota ante Alemania, abría las puertas para pensar una nueva concepción de democracia. Entre las distintas visiones, la idea que cobró más fuerza propuso la organización de la sociedad según sus actividades (corporaciones), que tendrían un lugar representativo en el Estado. Esta postura, presente en varios de los medios de prensa analizados, fue expuesta, entre otros, por *Civismo*, cuando sostuvo respecto a la “nueva democracia”: “Queremos que todas las fuerzas productivas de la nación organizadas en corporaciones puedan hacer pesar de manera eficaz sus criterios en los actos fundamentales del Estado ... El Jefe del Estado deberá ser nombrado por la nación y no por obra exclusiva de los partidos. Estos son asociaciones artificiales que no podrán tener en una democracia orgánica los derechos abusivos que hoy detentan. Mas hasta podían desaparecer dado que son agrupaciones circunstanciales y no elementos bases ni primordiales de la democracia”.³⁸

En un llamamiento realizado a “defender la nación”, *El Bien Público* enumeró todos los males que, a su entender, aquejaban a nuestro país y que tenían antecedentes en el “decadentismo” francés. En esta interpretación, la inmoralidad de ciertas prácticas y la existencia de corrientes políticas “materialistas” eran obra de los “enemigos de la nacionalidad”, es decir de aquellas personas “que no vuelcan toda su personalidad a la armonía nacional [y] entre ellos hay extranjeros

36 *El Debate*, vocero del herrerismo, las fracción más conservadora del Partido Nacional, continuó, como señala Clara Aldrighi, con una campaña iniciada en la década de 1930 y se opuso a la apertura inmigratoria, en el entendido de que ésta originaría la llegada de personas capaces de provocar “el contagio de los problemas de razas y de clases que nada tienen que hacer en nuestro país, donde se vive un ambiente de paz y tranquilidad, amparado por un profundo sentimiento democrático y por un justo anhelo de prosperidad y engrandecimiento”. *El Debate*, 31 de mayo de 1940, 5.

37 Clara Aldrighi, “La ideología antisemita en Uruguay: su contexto católico y conservador (1870-1940)”, en AAVV, *Antisemitismo en Uruguay* (Montevideo: Trilce, 2000), 147.

38 *Civismo*, “Porqué y de qué manera somos demócratas”, 7 de setiembre de 1940, 9.

que no son comunistas, ni nacis [sic], que vienen al país a vivir pero no a sentir al país, que nunca lo sentirán que siempre serán elementos negativos y opacos para todo problema vital interno". Y también había "muchos criollos, esos que encuentran todo el país en la quiniela, el juego, el tanguero, la pornografía teatral, la pasquinería periodística, y que encuentran en las autoridades los aliados más estimulantes de su devenir social". E instaba a "abrir los ojos" y ver "el ejemplo de Francia carcomida por sus defecciones sociales", porque "los enemigos de la nacionalidad son todos nuestros defectos", dado lo cual era imprescindible bregar por "una nacionalidad bien constituida con idealismo de fondo, sin lirismo, con patriotismo substancial, sin improvisaciones; con vida social coherente, sin divorcios de clase ni de partidos; con un orden social servido por todos espontáneamente".³⁹

El catolicismo, en el nuevo orden, readquiriría su rol civilizador, posibilitando una suerte de revancha frente a las fuerzas políticas con las que se identificaba el batllismo, que habían llevado adelante una persecución a la Iglesia. *Civismo* enumeró todos los defectos morales de la sociedad francesa y su juventud, que "llevaba una vida muelle y sensual", lo cual era fruto de la "enseñanza laica" y de la defensa que, según esta visión, el gobierno del Frente Popular había realizado del "relajamiento y hasta [d]el incesto".⁴⁰ Posteriormente, el mismo medio resumió las causas "de ese derrumbe de días para una nación con firmeza de siglos", resaltando, entre otros argumentos, la "descristianización" de Francia, considerada como el "programa de una minoría sectaria, que, adueñada de los resortes burocráticos del Estado, usurpó a las auténticas mayorías su sitio y su representación, y desparramó por toda la dirección de la vida francesa, una literatura, una pedagogía y una cultura de esa comodidad sensual que fue el lento veneno de una difusa zona de la sociedad". La alusión a la ideología batllista y a su influencia sobre la sociedad uruguaya en las primeras décadas del siglo XX fue evidente cuando el articulista destacó las consecuencias, en Francia, de una política "radical", impulsora de ochenta años "de divorcio, de enseñanza laica, sectaria y obligatoria, de creciente disfrute material ... bajo el gobierno de una política de violencia materialista, de divisionismos contrarios a la tradición profunda de Francia, y confundida por las grandes promesas de la libertad y de la justicia social".⁴¹

A un año del ataque alemán, *Civismo* destacó las reformas sociales impulsadas por el gobierno de Vichy, que ponían a Francia "de pié" para alcanzar "su independencia y ... moralidad social". Esta obra era fruto de los trabajos del Mariscal, que centró en "la familia" la acción de su gobierno, y promulgó "veintisiete leyes dadas para la defensa, la protección, y el amparo de la familia, y para contrarrestar la obra desquiciadora del divorcio".⁴² Otro aspecto de la "expiación" francesa era la eliminación de la literatura considerada pernicioso y por ello el semanario saludó la decisión de las autoridades francesas de quemar libros por "el daño inmenso que producen intelectualmente". La complacencia con esta decisión estatal que trascendía la prohibición de las obras, se fundaba en su significación: un límite para el "exceso" de libertad que gozaba el hombre.⁴³

39 *El Bien Público*, 24 de junio de 1940, 3.

40 *Civismo*, 27 de julio de 1940, 8. Esta visión sobre los "males morales" que aquejaban a Francia era compartida por el herrerismo. Véase J. P. Barrán, *Los conservadores uruguayos*, 88-9.

41 *Civismo*, 7 de setiembre de 1940, 1, 2.

42 *Civismo*, 3 de mayo de 1941, 12.

43 *Civismo*, 9 de noviembre de 1940, 8. El sindicato de editores franceses colaboró con las autoridades de Vichy en la confección de una lista de obras retiradas de las ventas o prohibidas por las autoridades. Los autores cuyos libros se quemaron o prohibieron adscribían en la mayoría de los casos a posturas de izquierda, sin embargo el motivo principal para que su obra fuera proscripta era el daño inflingido hacia la moralidad y

Algunos de los principales tópicos de la doctrina “petainista”, como la defensa de la familia y el respeto a la propiedad, formaban parte del acervo ideológico del herrerismo desde su constitución como corriente.⁴⁴ La nueva situación de Francia sirvió a los seguidores de Herrera para expresar sus consideraciones respecto a la situación nacional. El diario del sector, en alusión a las reformas sociales francesas, resaltó “la conveniencia y hasta la necesidad que tenemos de atender al fortalecimiento y defensa de dos de los más importantes elementos básicos del complejo organismo: familia y propiedad”.⁴⁵ Herreristas y católicos coincidían en la consideración del batllismo como una ideología que fomentaba la moral corruptora y realizaban una particular equiparación entre los sectores más progresistas del Partido Colorado y el comunismo. Uno de los medios de filiación herrerista, en este caso el semanario *Patria*, dirigido por Carlos Lacalle y cuyo mentor era Alejandro Gallinal Heber, sostuvo en 1942 que los responsables del riesgo de convertir a Uruguay en un país totalitario eran los “batllistas” por su “acción demoledora en lo social y en lo político [que] infiltró en nuestra sociedad todos los venenos avancistas acumulados en el mundo para destruir o anular la vida de familia, base de nuestra civilización cristiana” y mencionó como ejemplos el divorcio, la natalidad ilegal, “el amor libre ... el anticlericalismo escandalizador y calumnioso, el desprecio y la ironía para los símbolos de la Patria”.⁴⁶

La figura de Pétain fue decididamente rescatada por Gallinal Heber, quien vio en el Mariscal a un nuevo salvador de la civilización cristiana, que venía a seguir los gloriosos pasos de Francisco Franco en la lucha contra el comunismo. En 1941 publicó un libro cuyo principal objetivo era refrenar los impulsos panamericanistas del gobierno uruguayo. Allí se refirió, sin nombrarlas directamente, a las experiencias del Mariscal Pétain y del General Franco y sus “ansias de revolución nacional” que implicaban “darle a la familia la jerarquía y protección que merece en su carácter de núcleo esencial de la sociedad”. Según su visión “en el espíritu de la doctrina” había “un ansia de mayor equilibrio social que el mundo entero reclama” que “tiende a crear iguales posibilidades de ascensión social para los que ostentan capacidades semejantes, dentro de un clima en el que el respeto a las legítimas jerarquías se concilia y armoniza con un sentido de hermandad auténticamente cristiano”.⁴⁷ El carácter jerárquico de la sociedad y la existencia de desigualdades naturales e inevitables, también acercó a Gallinal Heber a los postulados de la revolución nacional francesa. Según el político herrerista la desigualdad “es una ley humana, pero una de las formas de suavizar esa ley es lograr que quienes ocupan el plano superior, acerquen con la apariencia de un exterior sencillo los dos extremos del medio social”, para evitar enfrentamientos entre sectores sociales.⁴⁸

A la hora de explicitar los principales elementos integrantes de su pensamiento político-social, Gallinal Heber realizó una curiosa exposición (que busca enfrentar la acusación de “totalitarios” que comúnmente se le endilgaba a los herreristas) en la cual rechazó a los totalitarismos al mismo tiempo que reivindicó sus principales conceptos de referencia. El pasaje es interesante también por las valoraciones que formula acerca del batllismo, por cuanto esta tendencia política era el

el orden. Véase: Herbert Lottman, *La Rive Gauche: La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950* (Barcelona: Tusquets, 1994), 241-5.

44 J. P. Barrán, *Los conservadores*, 91.

45 *El Debate*, “Familia y propiedad”, 22 de diciembre de 1940, 5.

46 *Patria*, 6 de febrero de 1942, 3.

47 Alejandro Gallinal Heber, *Perfiles para un nacionalismo* (Montevideo: Casa Barreiro y Ramos, 1941), 95-7.

48 *Ibidem.*, 102

objetivo evidente al cual apuntaban los dardos que los sectores conservadores aparentemente dirigían al sistema social y político de la Francia de preguerra:

Si en los totalitarismos, salvo el soviético y el batllista, se da al concepto de orden cabida principal, ser amigo del orden no supone embarcarse en un totalitarismo integral; si los regímenes totalitarios son, salvo el soviético y el batllista, regímenes nacionalistas, el hecho de exaltar los nacionalismos no importa ser totalitario; si la concepción totalitaria, salvo la soviética y la batllista, respeta y dignifica las legítimas jerarquías, ser partidario de una ordenación jerárquica no supone comulgar con los otros aspectos de esa doctrina ... Y tanto la exaltación del orden, el credo nacionalista, la ordenación jerárquica como el repudio demagógico son posiciones que cuadran y se concilian con regímenes de franco y decidido tono democrático.⁴⁹

El ocaso de Vichy

El modelo que Vichy intentó difundir no suscitó las recepciones esperadas en todos los países de América Latina, pese a que en algunos casos, ya fuera en autores aislados, políticos o corrientes periodísticas, logró cierto margen de aceptación. A ello se puede agregar que a partir de 1941 el régimen francés comenzó a perder parte de la buena consideración que en su momento despertó. Esto se debió a múltiples causas, entre las que podemos destacar el progresivo alineamiento proaliado del gobierno uruguayo, así como los problemas diplomáticos⁵⁰ con Vichy que fueron definiendo una actitud de distanciamiento que culminó con la expulsión del cuerpo diplomático uruguayo en Francia por decisión de la ocupación alemana, la que amplió la zona de operaciones militares. Situación que desembocó en la suspensión de relaciones por parte de nuestro país, el 12 de mayo de 1943.⁵¹

Esto fue de la mano con la consolidación del movimiento de “franceses libres” en Uruguay, y de las primeras críticas hacia el gobierno de Pétain por parte de algunos sectores que habían sido, en principio, sus decididos admiradores.⁵² La actitud progauillista se vinculó también al correlativo rechazo que provocaban las políticas del eje nazifascista, así como al fuerte influjo de la propaganda estadounidense, cuya “defensa de la democracia” parecía encarnar mejor, para el caso de Francia, las fuerzas comandadas por Charles De Gaulle.

Para ese entonces, el régimen francés parecía comenzar a perder parte de la “buena consideración” que en su momento despertó entre algunos conservadores uruguayos. *El Bien Público*, hasta el momento un enérgico adalid en la defensa del gobierno encabezado por Pétain, mostró

49 Ibidem, 91-2

50 Entre junio y septiembre de 1941 se originó un incidente entre la diplomacia uruguaya y francesa por la reclusión del ciudadano uruguayo Rodolfo Rossi, quien junto a sus compañeros de viaje fue internado en un campo de concentración militar francés en la zona Norte de África, tras la detención del vapor en que viajaba. Esto motivó un intercambio constante entre ambas cancillerías que se puede consultar en AMREU, Fondo MRREE, serie 1.28 II Guerra Mundial, caja 4, carpeta 3.

51 “Suspensión de las relaciones Diplomáticas entre el Uruguay y Francia”, *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores* (mayo 1943), 22-3.

52 El movimiento de los “franceses libres”, también llamado “Francia combatiente”, había sido creado en Londres por Charles De Gaulle en forma paralela a la firma del armisticio entre el gobierno francés y el alemán. Su objetivo central era la expulsión del invasor alemán y para ello desarrolló una importante fuerza militar y oficinas políticas en diversas regiones del planeta, incluido Uruguay.

diferencias con las política exterior impulsada por Vichy, a la que consideró absolutamente subordinada al Tercer Reich. A un año de la derrota francesa, el periodista escudado bajo el seudónimo de Federico, cuyos artículos hasta entonces tenían una marcada posición pro Vichy, cuestionó al gobierno francés y a su “preferencia antibritánica [que] priva a la posición de Francia en el conflicto de la clara lealtad que con sacrificio total están cumpliendo los demás vencidos y que encarna De Gaulle”. Esta posición no implicó un cuestionamiento a la figura de Pétain, “conductor en medio del caos y la desesperanza”, a quien “le toca balancear influencias de cuya fuerza no nos damos suficiente cuenta desde América”.⁵³

No obstante, los hechos más conmovedores que provocaron la separación definitiva de la opinión pública uruguaya fueron las deportaciones de ciudadanos judíos y el fusilamiento de soldados franceses prisioneros de guerra que llevaron adelante las fuerzas de ocupación nazi. La “complicidad” del gobierno de Vichy, en el primer caso, y su “impotencia”, en el segundo, minaron rápidamente la imagen positiva que éste se había forjado entre los círculos conservadores uruguayos. La sujeción cada vez más definida del gobierno de Pétain a la voluntad de los alemanes, a partir de 1942, terminó de completar un cuadro de aislamiento.

Desde su asunción el gobierno de Vichy mostró los primeros presagios de su impulso antisemita al derogar un decreto del año anterior que prohibía la difamación racial, y aprobar paralelamente el “estatuto judío”.⁵⁴ Esta medida excluyó a los judíos de todos los cargos oficiales, de la enseñanza, de los trabajos en las industrias que percibiesen subsidios, de las funciones de dirección en la prensa, la radio y el cine, y fijó un porcentaje para su participación en las profesiones liberales. Entre junio y julio de 1941 Pétain firmó nuevos decretos antijudíos, que ampliaron las disposiciones de 1940. Esa fecha marcó un punto de inflexión, ya que supuso las primeras deportaciones que recrudecieron en julio de 1942, cuando los traslados a campos de concentración en territorio francés o alemán se produjeron masivamente. A finales de año habían sido enviados desde Francia hasta Auschwitz unos 42.000 judíos.⁵⁵

El carácter religioso del gobierno de Vichy contribuyó decididamente a las medidas antisemitas. El antisemitismo cristiano se fundaba en creencias religiosas o teológicas, aparecidas en los primeros siglos de la Iglesia, fundamentadas en la convicción de que el pueblo judío, como tal, era culpable de la muerte de Cristo. La posición a adoptar ante el racismo dividió a la Iglesia durante el período. Un número importante de religiosos lo condenó, pero también hubo quienes lo legitimaron.⁵⁶ Sobre las variadas posiciones adoptadas por las jerarquías católicas latinoamericanas

53 *El Bien Público*, 27 de julio de 1941, 3.

54 *Atención* saludó estas decisiones: “Indicio cierto de la renovación espiritual y material de la nueva Francia, tarea a que el Gobierno de Pétain se ha dedicado de lleno, es el ESTATUTO JUDÍO ... En efecto: el nuevo Gobierno francés, consciente de la importancia que para el bienestar de la Sociedad y el Estado tiene la solución del problema judío, tomó hace pocas semanas resoluciones importantes al respecto. Por decreto los judíos han sido expulsados de todos los puestos de gobierno, de la prensa, de la radio, de la enseñanza; les ha sido retirada la soberanía francesa a todos los judíos de origen extranjero, etc. Por otra parte, el juicio a los judíos Blum, Mandel y Zay, principales integrantes del Gabinete Blum del Frente Popular, pone broche de oro a la enérgica actuación del Gobierno de Francia en su tarea de limpiar de alimañas su patria.” *Atención*, “En Francia hacen justicia”, octubre de 1940, 1.

55 César Vidal sostiene que entre 60.000 y 140.000 judíos franceses fueron asesinados durante la Segunda Guerra Mundial. César Vidal, *El Holocausto* (Madrid: Alianza, 1995), 163.

56 El Papa Pío XI mostró preocupación por el ascenso del racismo y el antisemitismo. En una encíclica de 1937, *Mit brennender Sorge*, se había distanciado del régimen nazi, en razón de las hostilidades hacia los religiosos alemanes. En Uruguay la encíclica se publicó a lo largo de 1937, pero en forma parcial y sin el énfasis

ante el antisemitismo de la Alemania nazi resultan interesantes los análisis de Graciela Ben Dror. En cuanto a la Iglesia católica uruguaya, sostiene que si bien desde fines del siglo XIX estaba fuertemente influida por el antisemitismo moderno inspirado en la derecha francesa, en el contexto de los años treinta y cuarenta se encontraba atravesada por algunas tensiones ideológicas: “cuando la Iglesia uruguaya buscó un modelo ideológico y político, lo encontró en la España nacionalista; pero al tomar posición ante el nazismo, el racismo y la violencia antijudía durante la guerra, prefirió las posiciones de [Jacques] Maritain [representante del ‘Humanismo integral’, una de las renovadoras corrientes del catolicismo europeo opositora al racismo y al antisemitismo]”.⁵⁷

A partir de la década de 1940 las jerarquías eclesiásticas uruguayas evolucionaron desde posiciones de transigencia con el antisemitismo a una abierta solidaridad con los judíos, en su carácter de perseguidos durante la guerra. En el viraje de la Iglesia uruguaya hacia el “humanismo integral” predicado por Maritain, es factible pensar que influyeron los crímenes nazis que el gobierno de Vichy no parecía estar en posición de resistir. Los asesinatos de prisioneros de guerra franceses eran un hecho político inocultable, pero más lo eran las deportaciones de judíos, por la evidente participación directa del gobierno de Pétain.⁵⁸

Seguramente el rechazo que despertaron en filas católicas las deportaciones y los fusilamientos provocó que, pese a compartir muchos postulados del régimen de Pétain en el plano moral y político-social, la prensa católica se plegara a los grupos que veían a De Gaulle como el verdadero representante de Francia. La función de “expiación” que hasta ese momento cumplían las autoridades de Vichy se trasladó a las fuerzas de “Francia Libre” que, se sostenía, continuarían con la aplicación de los postulados de la “Revolución Nacional”, pero depurando Francia de la influencia alemana.

La “liberación” de Francia, producida entre junio y agosto de 1944, acabó con la sombra que era el gobierno de Vichy. Previamente había perdido casi todos sus respaldos políticos internacionales. El 2 de junio de 1944 el Comité Francés de Liberación Nacional pasó a ser el Gobierno Provisional de la República Francesa, contando rápidamente con el reconocimiento de varios países americanos. El 25 de agosto de ese año, las fuerzas gaullistas –acompañadas de las tropas aliadas– entraron en París y expulsaron a los alemanes.

En Uruguay la liberación de París despertó el júbilo entre una parte importante de la población, que celebró en las calles la noticia. Los católicos lo aclamaron con una prédica que, a contrapelo de sus posiciones en los últimos años, destacaba el carácter “rebelde” y “revolucionario”

otorgado a *Divini Redemptoris*, otra pastoral contra el “comunismo ateo”. A comienzos de 1938 el Papa encargó la redacción de un mensaje acerca del racismo nazi y el antisemitismo, *Humani generis unitas*, pero su muerte en ese año impidió que el documento viera luz. Esta tendencia a pronunciarse sobre el tema del racismo no prosperó bajo el papado siguiente, por lo tanto las iglesias nacionales no contaron con directivas de la Santa Sede respecto a la cuestión judía. Véase Michael Marrus, “The Vatican on Racism and Antisemitism, 1938-39”, *Holocaust Genocide Studies* 11 (1997), 378-95.

57 Graciela Ben Dror, “La Iglesia Católica y los judíos en América Latina durante el Holocausto, 1933-1945: Visión comparativa”, ponencia presentada en 1as Jornadas Multidisciplinarias de Estudios Judaicos Latinoamericanos, Universidad ORT, Montevideo, 6 y 7 de agosto de 2007 tomado de <www.ort.edu.uy-sobreortpdfponenciabendror1.pdf>

58 Desde las páginas de *Patria* los católicos-herreristas increparon a los “católicos de izquierda” que “envenenados y enceguecidos por una socavadora demagogia hace tiempo que están en contra de la Iglesia y todos sus postulados”. Entre sus “pecados” se encontraba la veneración a “la Revolución Francesa que comenzó ... masacrando sacerdotes, saqueando e incendiando templos y destrozando la imagen de Jesucristo”. *Patria*, “El católico de izquierda”, 15 de mayo de 1942, 3.

de los franceses.⁵⁹ Los homenajes a Francia, realizados durante el período de “la liberación”, ocultaron algunos de los rasgos más oscuros del régimen vichista. En julio de 1945 Alberto Guani, en ese entonces vicepresidente de la República, señaló que Francia “volvió a ocupar el sitio que le corresponde en el mundo, que nada ni nadie podrá arrebatarle jamás: de directora de conciencias libres y de maestra augusta de la democracia”.⁶⁰ En un primer momento fueron olvidados los excesos de un gobierno francés que, aunque condicionado por los nazis, había tenido sus propias iniciativas en materia de discriminación racial y deportaciones de judíos hacia los campos de concentración. Francia parecía resurgir y los uruguayos lo celebraban por todo lo alto, como testimonian las crónicas de la “liberación” de París. Pero en la inmediata posguerra, el punto de referencia que en materia de “solidaridades” internacionales habían constituido Francia y Gran Bretaña para nuestro país, comenzó a desaparecer. El proceso ocurrió primero a nivel de esferas oficiales, para más adelante, con la penetración de la Guerra Fría, pasar a influir sobre las actitudes de la sociedad.

Consideraciones finales

A lo largo del trabajo observamos el breve idilio que algunos sectores sociales y políticos del Uruguay vivieron con la Francia del Mariscal Pétain. Tras la firma del armisticio franco-alemán, las ideas del régimen de Vichy tuvieron eco entre algunos sectores conservadores, que vieron en Pétain a la nueva encarnación de un proyecto político capaz de revertir el proceso de pérdida de ascendencia del catolicismo tradicional sobre las sociedades occidentales, que se había operado ante el avance del “liberalismo materialista” elaborado por la Revolución Francesa. Esto no fue en desmedro de su rechazo del régimen nazi y de la progresiva sujeción del gobierno de Vichy a sus postulados, ya que si bien saludaron las medidas adoptadas por el gobierno francés en el plano “social” –la nueva moral, la nueva educación, la protección de la familia y la propiedad–, entrada la década de 1940 no dejaron de condenar los asesinatos y las deportaciones de ciudadanos judíos. Estos elementos, así como la clara aliadofilia del gobierno uruguayo, seguramente colaboraron para que los sectores adictos a Vichy revieran sus posiciones.

El surgimiento de Estados Unidos como potencia bélica condicionó el accionar de los gobiernos uruguayos, situación que se acentuó con los primeros síntomas de la Guerra Fría. Ese nuevo clima fue apreciado por los diplomáticos extranjeros inmediatamente después de finalizada la guerra. Hervé Grandin de L’Épervier, ministro de Francia, analizó en sucesivas notas la situación favorable a los Estados Unidos y la orientación del gobierno uruguayo en dirección al “gran hermano del Norte”. Asimismo destacó la acción cultural ejercida a través del Instituto Uruguay-Estados Unidos, el apoyo económico a diarios como *El Día*, *El País*, *La Razón* y *El Plata*, y a radios como *Oriental*, *El Espectador*, *Carve* y *La Voz del Aire*. No obstante, el diplomático dejó constancia de que “la orientación americana no es aprobada por todos” ya que existía un grupo político hostil a la influencia de los EEUU, entre los que destacó a “los círculos herreristas de derecha”, la “hoja independiente de izquierda, «Marcha»” y “los católicos [que] se inquietan por la actividad de los misioneros protestantes”.⁶¹

59 *El Bien Público*, “París rehabilitada y purificada”, 27 de agosto de 1944, 3.

60 “Discurso pronunciado por Alberto Guani en el Ateneo de Montevideo en homenaje a Francia, 17 de julio de 1945”, en AMREU, Fondo Alberto Guani, caja 3, carpeta 2.

61 “Grandin de L’Épervier, Ministro de Francia, comenta la influencia de Estados Unidos en el Uruguay. 16 de agosto de 1945”. Benjamín Nahum, *Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay 1937-1949*,

El nuevo mapa político reconfiguró la situación de los grupos partidarios de Vichy y de los que habían presentado posiciones cercanas al Eje, ya que la derrota nazifascista provocó que evaluaran sus ideas respecto al corporativismo, el nacionalismo y el antisemitismo. El comienzo de la Guerra Fría persuadió a muchos a ver a los Estados Unidos con más simpatía, por su posición de adalid en la lucha anticomunista internacional, si bien existían grupos políticos que seguían sospechando de sus designios imperialistas. El camino de la colaboración con esta política, que provocó candentes debates, atravesó todo el período bélico y se consolidó tras la Guerra, seguramente cuando nuestro país, al igual que el resto del continente, ya no corría riesgos ante la amenaza de “fuerzas totalitarias”.

Al plantearse, en la segunda mitad de la década de 1940, la retórica de la oposición irreductible entre la “democracia” y el “comunismo internacional”, los sectores conservadores adscribieron a la defensa del primero de estos campos, trasladándole a la idea de democracia todo su bagaje de planteos ideológicos antiliberales. Durante la Guerra Fría varios de los elementos presentes en el discurso conservador hundían sus raíces en las décadas de 1930 y 1940, ya que en el contexto de la Segunda Guerra Mundial apareció una nueva visión de la realidad internacional y local que retomó algunas de las ideas de larga duración del conservadurismo uruguayo y permitió la emergencia de una nueva visión sobre los bandos que, supuestamente, pugnaban por preservar o destruir la civilización occidental. Tras la guerra las piezas del mapa político se reposicionaron. Los antiguos aliados pasaron a ser enemigos, y no pocos de los anteriormente sindicados como “totalitarios” adquirieron credenciales de “demócratas”. El proceso de realineamiento demoró años en consolidarse, pero una vez replanteada en la década de 1960 la crisis de la democracia y el liberalismo, las ideas tradicionales del conservadurismo uruguayo, aunque vestidas con nuevas ropas, estuvieron al pie del cañón.

Fuentes y bibliografía

Fuentes inéditas

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, fondos Alberto Guani y MRREE

Fuentes editadas

Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores. Tomo XV (mayo 1943).

Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay 1937-1949*, Volumen IV. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 2000.

Gallinal Heber, Alejandro. *Perfiles para un nacionalismo*. Montevideo: Casa Barreiro y Ramos S. A., 1941.

Pétain, Philippe. *Habla el Mariscal: Mensajes y escritos, 1934-1941*. Buenos Aires: Domingo E. Taladriz editor, 1942.

Registro Nacional de Leyes, Decretos y otros documentos de la República Oriental del Uruguay. Montevideo: Imprenta Nacional, 1941.

Prensa

*Atención**Civismo**El Bien Público**El Debate**La Idea nueva**Libertad**Los Principios**Patria*

Bibliografía

- Aldrichi, Clara. "La ideología antisemita en Uruguay. Su contexto católico y conservador (1870-1940)". En AAVV. *Antisemitismo en Uruguay*. Montevideo: Trilce, 2000.
- Alpini, Alfredo. "Uruguay en la era del fascismo", *Relaciones*, 184.
- Barrán, José Pedro. *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2004.
- Ben Dror Graciela. "La Iglesia Católica y los judíos en América Latina durante el Holocausto, 1933-1945: Visión comparativa". Ponencia presentada en 1as Jornadas Multidisciplinarias de Estudios Judaicos Latinoamericanos, Universidad ORT, Montevideo, 6 y 7 de agosto de 2007.
- Caetano, Gerardo y Raúl Jacob. *El nacimiento del terrorismo: El golpe de Estado*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991.
- Camou, María. "Los años del 'vuelco': Las relaciones políticas, económicas y comerciales entre Alemania y Uruguay y los sectores de influencia nacionalsocialista en el Uruguay, 1938-1942". *Cuadernos del CLAEH* 52 (1989).
- De Sierra, Carmen. "Marcha en el contexto político-económico internacional del siglo XX". En Mabel Moraña y Horacio Machín. *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.
- Jackson, Julian. *The dark years (1940-1944)*. Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Lottman, Herbert. *La Rive Gauche: La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Barcelona: Tusquets, 1994.
- Marrus, Michael. "The Vatican on Racism and Antisemitism, 1938-39". *Holocaust Genocide Studies* 11 (1997).
- Oddone Juan. *Uruguay entre la depresión y la guerra. 1929-1945*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-Facultad de Humanidades y Ciencias, 1990.
- Rolland, Denis. "Conflicto y crisis de representaciones: ¿la Segunda Guerra Mundial: ordalías del modelo francés en América Latina?". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* VI (1995).
- Vidal, César. *El Holocausto*. Madrid: Alianza, 1995.

Recibido 07/04/2010 - Aceptado 29/06/2010